

de estudio, y su bienestar material en general, dentro de la escuela. La base de esto se encuentra en el hecho, fácil de constatar, de que uno de los argumentos más socorridos para rehusarse a participar en política es aquello de “a mí no me gusta la política”, “a mí no me interesa lo que pase fuera de mi escuela, de mi hogar y de mi comunidad”, así se trate de la guerra de Irak o de la represión política en contra de los luchadores sociales. Por tanto, si haciendo gala de insensibilidad o de falta de tacto, les planteamos a los estudiantes a boca de jarro problemas políticos abstractos o situaciones concretas pero muy alejadas de su esfera de intereses, no solamente corremos el riesgo de que nos rechacen sino, incluso, el de que se violenten y nos denuncien ante la famosa “superioridad”.

Por eso consideramos más prudente y más efectivo ir introduciendo a la gente al estudio y a la actividad política mediante un proceso gradual, bien calculado y, sobre todo, atractivo e inobjetable desde el punto de vista de sus intereses inmediatos, como, por ejemplo, proponerle para empezar, luchar por mejores aulas, por canchas deportivas, por computadoras o por material audiovisual para estudiar idiomas. Desde nuestro punto de vista, y planteadas así las cosas, la tarea principal de maestros, directores y personal en general, debe consistir en trabajar con sus grupos, donde y cuando se pueda pero sin desaprovechar ninguna oportunidad, para irlos convenciendo de lo necesario y saludable que resultaría organizarse y luchar para conseguir mejoras reales y tangibles para su entorno educativo. Cada maestro y cada director, antorchista o simple simpatizante de nuestro proyecto educativo, debe hablar con su grupo, debe trabajar a su grupo, con cuidado, con inteligencia, es cierto, pero con firmeza, constancia y convicción, para decidirlos a luchar por demandas propias de su condición de estudiantes, misma lucha que servirá de puerta de entrada para el estudio y planteo de cuestiones más alejadas de su entorno inmediato pero, eso sí, más trascendentes y de mayor envergadura social.

Y una vez que el muchacho haya entrado y se desenvuelva con relativo éxito en esta primera fase de la lucha, su deber (el de los maestros, directores y personal en general) será seguirlo desarrollando políticamente hasta llevarlo a entender que debe extender su lucha a todos los ámbitos del país y de la vida de la sociedad en general, y no quedarse estancado en la simple lucha estudiantil. Según nuestra opinión, este segundo paso será mucho más sencillo si hemos sabido instrumentar con éxito el primero, porque una vez que el joven choca con el Estado, una vez que tiene que recurrir al plantón, a la marcha, al mitin para obtener lo que necesita para estudiar, una vez que ha sufrido los palos de la policía o los igualmente dolorosos que suele propinar la prensa oficialista, por esa misma experiencia se vuelve más receptivo a los planteamientos que podamos y queramos hacerle en torno a las causas más profundas de

la miseria, de la desigualdad y de la injusticia social; tolera mejor, y hasta exige a veces, que le hablemos y le expliquemos sobre los problemas más candentes de la actualidad, de lo que ocurre a nivel del estado, del país y del mundo.

Alcanzado este punto, podemos decir que el joven está politizado y ya puede marchar por su propio pie, porque, ¿qué es un individuo politizado? Un individuo politizado no es aquél que sólo se preocupa por su problemática personal y familiar o la de su entorno inmediato, aunque lo haga de buena fe y plantee las cosas de manera correcta; es necesario, como decía Lenin, que, además de eso, se preocupe por lo que le pasa a todos los oprimidos, sin importar a qué clase o estrato social pertenezcan, y que se preocupe, además, por todo lo que ocurre en el mundo, no importa si sucede lejos o cerca de su propio ámbito social. Allí donde hay una injusticia, allí donde hay un atropello, allí donde hay algo que está funcionando mal, allí el individuo politizado analiza, juzga y toma posición. Ese es un individuo politizado. Pero aquí lo que importa destacar es que nosotros no podemos aspirar a politizar a un muchacho metiéndole “El Capital” de Marx de la noche a la mañana, sin una preparación previa, anímica e intelectual. Lo que conseguiríamos, en ese caso, sería espantarlo y ahuyentarlo para siempre, amén de los comentarios negativos que pudiera hacer con sus amigos y familiares. Por eso tenemos que introducirle la politización por la vía de sus intereses, pero no nos podemos quedar ahí porque, en resumidas cuentas, un estudiante que sólo se preocupa por sus intereses inmediatos no es más que un simple egoísta. Prueba de ello es que muchos de los más reaccionarios y tecnócratas, de los más academicistas, se preocupan por su problemática personal y estudiantil más que los supuestamente politizados. Es lógico: quieren aprender más y mejor pero sólo eso; no quieren ir más allá y odian hablar de política.

Por eso, para que no nos quedemos en las puras demandas inmediatas, necesitamos crear en las escuelas organismos que le den continuidad a ese trabajo, que garanticen que la evolución de la conciencia de los estudiantes no se va a detener por falta de trabajo y orientación. En relación con la creación de estos organismos de estudio y de dirección de la lucha política de los estudiantes, el papel de los maestros debería consistir, para la generalidad de ellos y en el supuesto de que sólo son simpatizantes de nuestro proyecto educativo, en ser los impulsores, los que con su palabra y su influencia sobre los estudiantes, nos ayuden decididamente en la formación de estos organismos. No hace falta aclarar, creo yo, que en el caso de que estemos hablando de maestros cuyo compromiso con

esta lucha sea completo, su papel debería consistir en colocarse, decididamente y sin vacilaciones, a la cabeza de dichos organismos.

En el mismo orden de ideas que vengo desarrollando, creo que hay dos estructuras básicas que deberían crearse dentro de las escuelas. La primera serían los círculos de estudio, de trabajo y de lucha, y estoy hablando, como es lógico entender, del nivel de secundaria para arriba. Quizá pudiera intentarse esto también en la primaria, pero habría que sopesar con todo cuidado, tanto las circunstancias sociales del entorno, como las características específicas que habría que imprimirle a este tipo de círculos. Pero, a nivel de secundaria, yo creo que es ya perfectamente posible. A este propósito, recuerdo que no hace muchos años, en Panamá, los estudiantes de secundaria tuvieron en vilo por varios días al gobierno reaccionario de ese país, y estuvieron a un paso de derrocar al presidente de la República Panameña. Esto lo traigo a colación porque no es infrecuente oír decir a muchos de nuestros compañeros, maestros o no, que con los muchachos de la secundaria no se puede hacer nada "porque están muy chavos" y todavía no están en capacidad de entender los problemas de la educación ni de la sociedad en general, y mucho menos de tomar decisiones sobre cómo atacar con efectividad dichos problemas. El caso panameño demuestra que eso no es cierto, que lo que pasa en realidad es que estamos arrojando las culpas y las deficiencias propias sobre espaldas ajenas. Por eso insisto: la tarea ineludible debe consistir en formar círculos de estudio, cuando menos desde la secundaria para arriba.

El otro tipo de estructura que deberíamos crear a la mayor brevedad posible es la FNERRR, es decir, habría que organizar hacia adentro de las escuelas un gran movimiento masivo de los estudiantes, lo más amplio y abarcador posible, bajo las siglas de la Federación Nacional de Estudiantes Revolucionarios Rafael Ramírez, de tal modo que podamos encausar, a través de él, todas las causas y demandas inmediatas de los estudiantes, haciendo participar a todos, o a la gran mayoría de ellos, en la defensa y en la lucha por la solución de las mismas. Dentro de esta estructura abarcadora deben participar, necesariamente y como vanguardia de la misma, los miembros de los círculos de estudio, trabajo y lucha.

Y los maestros nos tienen que ayudar a realizar esta importante tarea. Ellos deben ser los responsables de que en sus escuelas exista la FNERRR y de que su funcionamiento sea el correcto, ya sea que lo hagan directamente, ahí donde las condiciones lo permitan, o a través de los círculos de estudio y trabajo que hayan formado previamente. Por ejemplo, deben cuidar que los miembros de los

círculos no se eliticen, no se sectaricen, no se aíslen del resto de sus compañeros. Porque éste es un mal bastante generalizado que nos ha impedido hacer de la FNERRR un organismo realmente representativo de todos los estudiantes y no sólo de un pequeño grupo; ha frenado el crecimiento y el fortalecimiento de la organización estudiantil hasta convertirla en un verdadero movimiento de masas. Y todo ello como consecuencia de que los muchachos que están en los círculos se cierran sobre sí mismos, no se relacionan con el resto de la población estudiantil, y ésta responde ignorándolos y oponiéndose, a veces de manera visceral e irracional, a todas sus directrices e iniciativas. Eso es, querámoslo o no, un verdadero fracaso de nuestros esfuerzos organizativos y educativos. Necesitamos relacionarnos con todos o con la mayoría, con los antorchistas y con los no antorchistas. Tal vez, como dicen algunos, estos últimos, llegada la hora, se van a ir y nunca más los volveremos a ver, pero ya llevan sembrada la semilla de nuestra educación. Y si no, por lo menos no estorbarán nuestro trabajo durante el tiempo que permanezcan dentro de la escuela.

Tenemos, pues, que hacer una política abarcadora, abierta, una política inteligente que involucre al mayor número de gente posible. Pero para ello es necesario tener en cuenta la verdad elemental de que las masas nunca se mueven solas. Siempre requieren un líder, individual o colectivo (de preferencia colectivo, porque los líderes individuales fácilmente se corrompen y terminan sintiéndose caudillos indispensables), pero líder al fin y al cabo. Lo subrayo de esta manera porque es frecuente oír a muchos maestros oponerse a la fundación de la FNERRR en sus escuelas alegando que eso es dividir a los alumnos en fenerianos y no fenerianos, cuando lo que se necesita es unir a todo mundo detrás de una causa común. Lo que pasa es que, en efecto, una política así no divide a los alumnos pero tampoco les permite luchar; se trata de una masa “unida” pero inmóvil. ¿Por qué? Precisamente porque falta el líder, y eso, precisamente eso, es lo que provee la FNERRR. Se trata, en realidad, de conjuntar las dos condiciones: una masa unida y un líder colectivo decidido y consecuente, lo cual sólo se alcanza, como creo haber dicho ya, creando la FNERRR y poniendo a la cabeza a muchachos organizados en círculos pero abiertos a todo el mundo, conscientes de que su tarea es aglutinar al mayor número de sus compañeros, si realmente desean conseguir las metas que se proponen, primero dentro de sus escuelas y después fuera de ellas.

Hace algunos años, cuando todavía estaba a la orden del día la disputa de cuál era el mejor camino para “hacer la revolución”, estuvo muy de moda la llamada “Línea de Masas”, cuyo postulado esencial era, precisamente, que la masa no necesita de líderes para cumplir sus tareas históricas. ¿Dónde

están los de Línea de Masas ahora? Borrados del mapa político del país, fracasados, derrotados por la vida y la teoría que dicen que las masas sí necesitan líderes, y que esta necesidad no puede ser sustituida con nada. En consecuencia, es un hecho indiscutible que nuestra tarea es mover a toda la escuela, a todos los muchachos sin distinciones de ninguna clase, que nuestro reto es, hasta donde sea humanamente posible, no pelearnos con nadie. Pero todo ello no debe lograrse jamás a costa de renunciar a los líderes porque, entonces, nos quedaremos muy unidos pero también absolutamente paralizados. Muchas veces, sólo cuando se nos viene un problema encima y queremos mover a los muchachos, es cuando nos damos cuenta que no tenemos con qué hacerlo porque no contamos con líderes capaces y confiables. Es cuando nos damos cuenta que hemos desperdiciado lamentablemente todas las oportunidades para prepararnos convenientemente.

En síntesis, necesitamos trabajar organizadamente hacia el interior de las escuelas. Y, para ello, las tres formas básicas que tenemos que crear son: círculos de profesores, círculos de estudiantes y un gran organismo de masas que involucre al mayor número de gente posible, que es la FNERRR.

Finalmente, el tercer gran factor que, según nosotros, debe caracterizar a la educación que se imparte en las escuelas antorchistas, es provocar un cambio de actitud en los muchachos, en los maestros, en los padres de familia y en la comunidad entera, el cual debe consistir en generar en ellos un profundo deseo de superación continua, de una sistemática transformación positiva, tanto en lo académico como en lo espiritual y en lo material, entendido esto último como el continuo mejoramiento del entorno físico en el que se mueven y viven las colectividades mencionadas. Y este deseo de cambio en sentido positivo debe ser de una profundidad tal, que todos estén dispuestos a sacrificar tiempo, dinero y esfuerzo, en las cantidades que sean necesarias para lograr sus propósitos. Dicho en pocas palabras: tenemos que lograr que todos cambien la concepción que actualmente tienen en relación con el trabajo manual gratuito y en relación con todo tipo de cooperación, incluida la económica, destinados a mejorar el aspecto físico de la escuela y la comunidad.

Los maestros con mayor experiencia saben de la suciedad en las aulas, del deterioro de los baños, de los pizarrones, de las computadoras, saben de los muros pintarrajeados, de los jardines abandonados y estropeados a propósito, de los vidrios rotos, del maltrato doloso de todo el material de laboratorio, etc., etc., y saben que, casi siempre, todos esos estropicios los hacen los mismos estudiantes. Y no sólo eso, sino que saben también que la inmensa mayoría de los jóvenes ven como su enemigo mortal a aquel

profesor que se atreva a reconvenirlos por su conducta irresponsable y, con mayor razón, a aquel que los invite a trabajar para reparar los daños que ellos mismos causaron. Lejos de ver en el trabajo manual, y en un ambiente limpio, dos poderosos factores para lograr mejores resultados en su preparación académica y en su superación personal, toman al primero como un castigo o, cuando menos, como una “degradación” de su condición de estudiantes, y a lo segundo, en el mejor de los casos, como algo absolutamente superfluo que nada tiene que ver con su propia formación.

La tarea, pues, no es sencilla, porque todo el sistema educativo y todo el statu quo conspiran contra ella. Pero, si realmente queremos formar al hombre nuevo, a un estudiante positivamente diferente, no hay más remedio que enseñarlos a amar el trabajo y la limpieza. Hay que lograr que se comprometan con el mantenimiento de su escuela, de sus jardines, de sus laboratorios, a que aprendan a colaborar en el embellecimiento de la comunidad en que viven y a respetar el trabajo de los vecinos, no destruyendo intencionadamente lo que éstos construyen, muchas veces con gran sacrificio de su parte. Tenemos que enseñarlos a amar y a respetar el trabajo manual y, sobre todo, el trabajo colectivo, el trabajo realizado en compañía de sus amigos y compañeros de grupo, no sólo con el propósito de llevarlos a valorar todo lo que tienen, sino también para que vayan entendiendo mejor lo que es el trabajo creador, para que sientan en carne viva, por ejemplo, lo que sufren el obrero y el campesino para producir, con sus manos y su sudor, todo lo que la sociedad necesita.

Ciertamente es de un impacto educativo difícil de subestimar, el poder decirle a un joven estudiante, luego de una hora de dura jornada cavando en el jardín, ¿sabes tú cuánto tiempo trabaja un obrero en su fábrica? Ocho o diez horas por lo menos, y a un ritmo mucho más intenso que como acabas de hacerlo tú. Eso le dará, irremediamente, otra imagen distinta de los que trabajan para el mundo, de los que trabajan para alimentar al mundo. Porque es una verdad, dolorosa pero irrefutable, que todo mundo aplaude a los famosos: escritores, poetas, cantantes, actores, artistas en general; pero nadie se cura de aplaudir a los obreros, a los campesinos de manos callosas que siembran el maíz que comemos. Eso es cultura burguesa, porque es en interés de la burguesía que la escuela enseña a adorar a los ídolos de barro y a ignorar y a menospreciar a quienes trabajan con las manos. A las clases poderosas no les conviene que los futuros intelectuales a su servicio aprendan a valorar el trabajo de los obreros, de los hombres del campo, porque eso los identifica y los une; de ahí nace la solidaridad, la unidad, la hermandad, y eso no conviene a sus intereses.

Entonces, con todo el cuidado y la inteligencia que sean necesarios, tenemos que meter el trabajo como herramienta educativa y de transformación profunda de nuestros estudiantes. Recordemos siempre, compañeros maestros, que nada define, nada educa tanto como **la lucha y el trabajo**. Un muchacho que abraza la lucha y está dispuesto a trabajar, incluso con las manos, es un muchacho al que, seguramente, veremos en el aula, atento y disciplinado, aprovechar más lo que le enseñamos que el resto de sus compañeros. Será un buen estudiante hoy, y mañana, un profesionista competente pero digno, siempre dispuesto a solidarizarse con quien más lo necesita.

Muchos de nosotros, víctimas de la costumbre, queremos disciplinar al joven mediante el sistema burgués, es decir, con regañones, con amenazas y con sanciones. Concuero en que no es posible prescindir en forma absoluta de tales métodos, pero su empleo tiene que ser siempre un recurso de última instancia. Porque un maestro que mucho regaña, que mucho llama la atención, que mucho castiga, es un maestro que, tarde o temprano, terminará haciéndose enemigo del alumno. ¿Por qué? Porque le está aplicando un método mecánico, que no busca y no logra la transformación profunda del ser y de la mentalidad del estudiante. Es necesario, por tanto, cambiar de táctica, encontrar la manera de tocar las fibras más íntimas y más sensibles del alumno, para que éste termine haciendo caso a nuestros consejos y recomendaciones.

Un principio muy elemental de pedagogía dice que la mejor manera de lograr que el alumno haga suya una idea nueva, un conocimiento nuevo, es cuidar que este nuevo conocimiento enganche con su experiencia personal, con su experiencia vivida. Se trata de la conocida fórmula que indica que hay que ir siempre de lo conocido a lo desconocido. Por tanto, nos debemos empeñar en que la prédica en el aula no sea otra cosa que la continuación de lo que se vio y se vivió en el trabajo y en la lucha. Y recíprocamente: el trabajo y las acciones de lucha deben ser la aplicación viva de lo que se expuso en el aula. En una palabra: las cualidades y la conducta que al joven le exijan el trabajo y la lucha, deben ser exactamente las mismas que nosotros le exijamos en el aula para su mejor aprovechamiento.

Visto desde otro ángulo: ¿Qué es, al final de cuentas, la clase? Es una lucha entre el deseo de aprender del muchacho y su ignorancia. Por tanto, perderá esa batalla si su deseo de aprender es débil o, lo que es peor, absolutamente inexistente. Tenemos que encontrar la forma de despertarle ese deseo y de hacerlo cada día más fuerte y más consciente. El joven tiene que llegar a adoptar una actitud aguerrida contra su ignorancia, tiene que adoptar una actitud de lucha, tiene que estar dispuesto a sacrificar lo que

sea con tal de apoderarse del conocimiento. En esto ayuda, como decíamos hace rato, que le hagamos claridad acerca de los beneficios que acarrea el saber, el dominar tal o cual área del conocimiento humano; pero más, mucho más ayuda el que lo enseñemos a trabajar y a luchar, tal como acabamos de ver hace un momento.

Si vamos a enseñarle Historia Antigua de México a un joven estudiante, es muy probable que él se pregunte: “bueno, y a mí para que me sirve saber lo que hizo Izcóatl, Netzahualcóyotl, Techotlala o Acamapichtli? Eso pasó hace muchos años y nada tiene que ver conmigo ni con la vida de la sociedad contemporánea”. Una reflexión así, es un indicio evidente de que, por nuestra parte, hizo falta la motivación previa, un explicación convincente de la utilidad directa de la materia que nos disponemos a enseñar. Conozco el caso en que todo un grupo académico acabó repudiando unánimemente la clase de Literatura Universal, en virtud de que la maestra titular se limitaba a dejar como tarea la lectura y relatoría de un libro cualquiera, escogido libremente por el propio alumno, sin mayor orientación ni explicación por parte de la profesora. La rebelión terminó cuando, en la clase de Historia Universal, el profesor recomendó la lectura de Sinhué el Egipcio, De Mika Waltari, para entender mejor la cultura y la vida cotidiana de los egipcios. El comentario fue unánime: “Ahora sí ya nos quedó claro para qué sirve la literatura”.

Ésta es una clara prueba de lo necesaria que resulta la motivación previa para que el estudiante esté dispuesto a dar la pelea dentro del aula, para que esté dispuesto a hacerle la guerra a su ignorancia. Y esto es tanto más necesario cuanto que todo maestro con algo de experiencia sabe que la regla general es que el estudiante quiere aprender, pero no está dispuesto a sacrificar nada para lograrlo; sabe que lo común es que apenas se pone difícil el conocimiento, empiezan las protestas y las críticas al maestro, responsabilizándolo por su bajo aprovechamiento y sus bajas calificaciones. Ciertamente que los muchachos están equivocados. Pero, ¿de dónde sale esta actitud? Viene de atrás. Es que más atrás, en los escalones previos del proceso educativo, así los han acostumbrado. A veces, pues, la lucha no es sólo contra el presente, sino, incluso, contra el pasado estudiantil de la gente, pero hay que darla.

Bueno, termino ya. Pero antes quisiera dejar bien claro que, si realmente queremos llevar adelante la tarea educativa tan desordenadamente expuesta, con el mínimo de riesgos y de contratiempos, es necesario, indispensable sería mejor decir, que en nuestros centros educativos reine el más absoluto orden administrativo; es necesario que, desde este punto de vista, seamos prácticamente

inabarcables. ¿Por qué? Porque si vamos a intentar un modelo educativo que, propiamente hablando, no es el que la oficialidad está promoviendo, que, en algunos aspectos, incluso es opuesto al modelo oficial, estamos obligados a cubrirnos las espaldas. A este respecto, veo dos puntos clave en los que, según yo, debemos alcanzar niveles de excelencia para evitar reclamos del sistema. Primero, la excelencia académica; segundo, la pulcritud administrativa. Bien cubiertos estos dos aspectos, el ataque se vuelve más difícil.

Es obvio que, aún cumpliendo con todo lo antes dicho, podemos tener problemas, pero es ahí, precisamente, donde tendría que ponerse en juego toda la fuerza organizada que hayamos podido lograr, dentro y fuera del ámbito estudiantil. En pocas palabras, tendríamos que luchar. Pero no es lo mismo luchar cuando se tiene culpa, que luchar cuando se está cometiendo una flagrante injusticia en contra nuestra. En este último caso, la lucha es mucho más sencilla que si tenemos que cubrirle las espaldas a un compañero que realmente ha cometido toda una serie de irregularidades en su desempeño oficial, sea un empleado administrativo o un maestro frente a grupo. Por tanto, creo que es necesario que haya mucha honradez y eficacia en todo, que haya un deseo muy profundo de no abrir flancos de ataque, de no dar pretextos para que nos empiecen a cuestionar, y, de esa manera, poder ir avanzando con el trabajo que aquí hemos planteado.

Alguien podrá decir: Está bien, esto es lo que tengo que hacer, pero ¿cómo lo voy a hacer? ¿Cómo lo desgloso en acciones concretas y bien puntualizadas? Aquí es donde, a mi parecer, es decisiva la experiencia de los maestros. ¿Por qué? Porque conocen, mejor que cualquiera, todas las posibilidades y todas las dificultades que ofrece su ámbito de trabajo para poder instrumentar las acciones que se deriven de lo aquí expuesto. Conocen el material humano, los recursos físicos, conocen las reglas de funcionamiento del centro, conocen toda la normatividad. Eso les permite plantear con mucha precisión qué acciones, y en qué secuencia, se pueden armar para lograr los objetivos planteados, es decir, armar una especie de programa de acción, de ruta crítica, cuya finalidad sea poner en práctica los puntos de vista que, en términos generales, yo he tratado de clarificar hoy. Esa sería su tarea, si me permiten expresarme así, misma que, al estar concluida, daría lugar a una nueva reunión para ver en qué coincidimos o en qué puntos podemos enriquecerla entre todos, para hacerla más eficaz.

Resumo todo lo dicho. La humanidad está dividida en dos grupos: el grupo de los poderosos que quiere someternos a todos como un rebaño sumiso que trabaje para ellos, y la gran mayoría de los seres

humanos que queremos una vida humana y digna, que se trabaje, sí, pero para la satisfacción de las necesidades de todos y no sólo para unos cuantos. De acuerdo con esto se formuló la cuestión: ¿qué clase de hombre, qué clase de profesionalista es el que necesitamos formar, para que sirva a este último propósito? Y la respuesta es: necesitamos a un hombre, a un profesionalista, que, junto con una gran preparación, junto con una gran capacidad para desempeñar el trabajo productivo que haya elegido de acuerdo con su vocación, posea también un gran sentido de solidaridad social, de sensibilidad ante el dolor y el sufrimiento de los que menos tienen, de manera que, siempre que la situación lo exija, tome partido, sin vacilaciones, al lado de estos últimos en la lucha por su liberación definitiva.

Es cierto que jamás vamos a poder impedir que muchos de los alumnos educados por nosotros, sirvan con sus conocimientos a la burguesía, y es cierto también que, al exigirles que estudien y se preparen intensamente, nosotros mismos los estamos preparando para venderse mejor. Hay que estar concientes de que, en el terreno de las realidades, será siempre minoría la que opte por abrazar, de modo definitivo y consecuente, la tarea revolucionaria de organizar y educar a los pobres para que aprendan a defender sus intereses por sí mismos. Pero esa minoría será cualitativamente suficiente para llevar a buen término la causa y, por eso, nuestra labor habrá sido coronada por el éxito aún cuando, como dice el viejo refrán, sean muchos los llamados y pocos los elegidos.

Pero el resto tampoco representará una pérdida absoluta. En primer lugar, aunque no sean luchadores activos y de tiempo completo, siempre tendrán una clara conciencia para discernir de qué lado están la justicia social y la razón, lo cual abre la posibilidad de que, por lo menos, no sean enemigos acérrimos de la causa que los demás defienden. Pero, en segundo lugar, no debemos olvidar que a los hombres los definen, más que los discursos, las circunstancias históricas en que se desenvuelven. Esto quiere decir que, quien tiene ya sembrada la semilla de la inconformidad y la rebeldía, podrá sustraerse a la acción en tiempos de paz, pero quizás cambie de parecer en tiempos de revuelta social, en tiempos en que se define su suerte junto con la de todos los explotados a cuya familia pertenece le guste o no. En pocas palabras: cuando hay los antecedentes suficientes en cantidad y en calidad, gentes que en tiempos de paz parece que no sirven para nada, en momentos de crisis toman, sin grandes dificultades, la posición correcta. Y eso es lo que debemos buscar: que todos aquellos que de momento no se organicen con nosotros, cuando se vengan las crisis tomen posición de nuestro lado.

Tienen razón, además, los que dicen que no debemos limitarnos a organizar a la gente que comulgue expresamente con nuestras ideas, sino que tenemos que aspirar a ser una influencia poderosa y benéfica para la nación entera. La cuestión es: ¿cómo lograr este propósito? La respuesta parece ser la misma: creando individuos conscientes que, si por el momento no se organizan, lleven en cambio nuestra voz, nuestras ideas y nuestros principios, a todos aquellos ámbitos a donde los empuje la vida y a donde nosotros, por limitaciones de tiempo y de número, jamás podríamos llegar. Repito que la práctica demuestra que, cuando se vienen las grandes crisis sociales, esa gente y sus seguidores saben dónde alinearse. Y esos son los que, al final, vienen a decidir las grandes batallas de la humanidad.

En resumen, nuestro modelo alternativo se tiene que caracterizar por:

Primero, nuestros alumnos deben ser académicamente competentes.

Segundo, nuestros alumnos deben ser personas educadas y formadas integralmente.

Tercero, nuestros alumnos deben ser gentes amantes de la disciplina, de la limpieza, de la belleza y del trabajo, especialmente del trabajo manual.

Cuarto, nuestros alumnos deben ser gentes políticamente bien orientadas, identificadas con los grupos más desprotegidos de la sociedad y dispuestos a luchar con ellos por una sociedad más justa.

Y, finalmente y en quinto lugar, nuestro alumnos deben ser gente bien orientada en relación con la problemática mundial, nacional, local y de sus escuelas, con el fin de que sepan orientarse correctamente en cada coyuntura y sean capaces de ofrecer soluciones correctas, aunque sea sólo a nivel de opinión, cuando así se lo soliciten sus compañeros o sus mismas circunstancias.

La meta, ciertamente, es lejana y difícil pero plenamente alcanzable. Sólo se requiere de valor, paciencia, voluntad y entrega. Nada más pero nada menos. Muchas gracias por su atención.

Mayores informes: www.antorchacampesina.org.mx

Tel. (01 55) 57097582



24